

la criatura en los brazos y cargando en la cabeza la ropa mojada, que debía de pesar treinta y cinco libras por lo menos.

Los aztecas de Tuxpan son bastante inclinados al hurto y niegan después con mucha persistencia el cargo. Ni aun amenazándolos con la muerte, llegan á confesar que han robado. Débese tan extraña entereza á que el pueblo no ha olvidado que el país les perteneció alguna vez, y desde este punto de vista todo les pertenece ó debería pertenecerles. De noche especialmente, no tienen escrúpulo en apoderarse aun de las vacas y el maíz de los "quistianos," á quienes ningún afecto profesan. Ni á los muchachos de escuela les gusta el trato con sus discípulos blancos, no obstante que éstos no encuentran reparo en juntarse con los "indios." Los mexicanos no son bien recibidos jamás en las fiestas de los naturales. Cuando algunos indios se están peleando y aciertan algunos mexicanos á ponerse de un lado ó del otro, únense espontáneamente los indios contra los que consideran sus enemigos comunes.

Sin embargo, considero á estos aztecas, con todas sus faltas, superiores á los trabajadores mexicanos que se encuentran entre ellos. Los más conservan el indescriptible encanto de su sencilla naturaleza. El artificio aun no se ha apoderado realmente de ellos. Hombres y mujeres son mejores trabajadores que sus compañeros de raza blanca, y por lo mismo los solicitan mucho en las haciendas. Tienen también mayor aptitud para la música. En Tuxpan, hay dos orquestas de indios.

Los indios no son nunca muy liberales en el dar, y por cualquier favor que hacen esperan siempre recibir algo en cambio; ni tampoco son muy oficiosos; cuesta trabajo inducirlos á prestar cualquier servicio, ni siquiera por paga, pero en este particular, debe recordarse los muchos engaños que han tenido que sufrir de los blancos. Los aztecas de la tierra caliente han sido excelentes soldados

cuando la ocasión lo ha exigido, y generalmente se dice que no sienten hambre, ni sed, ni miedo. Tal es el caso, en realidad, con todos los indios: aunque sirvan por fuerza en las armas, avanzan hambrientos y haraposos, sin exhalar una queja; entran cantando en la refriega, y mueren como estoicos, sin pedir cuartel nunca.

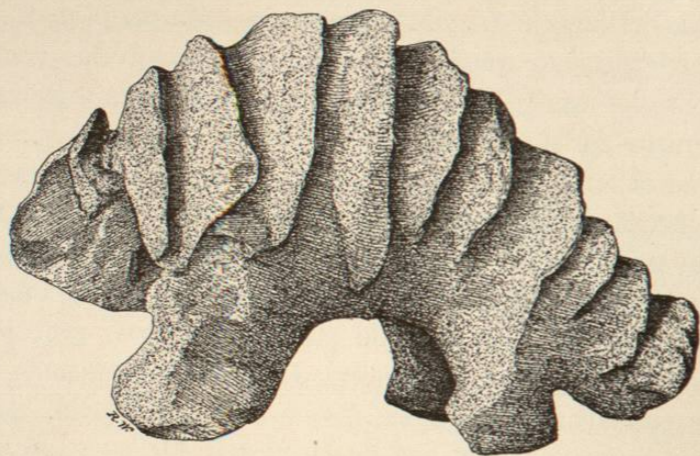
Dan prueba de su devoción religiosa con las numerosas inscripciones que aparecen en las paredes y esquinas de las calles, tales como "¡Viva el Señor del Perdón!" "¡Viva María Purísima!" "¡Viva Santa Cecilia!" (la santa patrona del lugar), etc. Mas á pesar de toda esa piedad, sus ideas continúan siendo paganas, y como entre las demás tribus, los santos de las diversas advocaciones son simplemente antiguos ídolos modernizados.

Si el santo ó el ídolo no satisface la petición que se le ha hecho, suele recibir una zurra. Una vez que había gran necesidad de lluvia, sacaron de la iglesia la pesada imagen de Jesús que allí tienen y la llevaron por los campos hasta una distancia de ocho millas lo menos, probablemente para que se convenciera de las buenas razones en que fundaban sus súplicas. Con todo, no llovió. Llevaron entonces la imagen de la Virgen María, y esa vez fueron recompensados con un copioso aguacero. Por lo tanto, celebraron una fiesta, dieron una serenata á la imagen, hicieron cuanto les fue posible en su honor, colgándole en torno bonitas ofrendas, y los indios principales le dieron las gracias y le expresaron su satisfacción. Pero de Jesús, dijeron que "no había sido bueno." En los caballetes de algunas casas, vi pequeñas figuras de animales de barro cocido, restos seguramente del antiguo sistema religioso.

El día de los muertos (2 de noviembre), separan algo de la mejor comida que han hecho para que la coman los difuntos, y la dejan desde las tres de la tarde hasta las doce del día siguiente, en que la misma familia se la come.

Hay, por supuesto, la creencia tan extendida en el mal de ojo. La víctima necesita que el pícaro poseedor de tan nociva vista le quite el hechizo y lo cure, porque nadie más goza de poder para hacerlo. Si no logra captarse la buena voluntad de su enemigo, tiene que morir. Muchos se tapan muy bien la cara á fin de evitar el maleficio de las miradas, y á efecto de lo mismo, cuelgan al cuello de los niños una especie de oruga dentro de su capullo.

Con su característica bondad para todos los de su raza



Animal de barro que probablemente representa un armadillo, conservado sobre el caballete de una casa de Tuxpan, Jalisco. Longitud, 17 cm.

que se enferman y sufren, consideran un deber, cuando el mal dura mucho tiempo, ó sea de tres semanas á cuatro meses, acabar con el padecimiento. Á este propósito, recurren á lo que llaman, en castellano, *sobar*. La familia es quien resuelve proceder á este paso, diciendo: "Es tiempo de que muera; no queremos dejarlo sufrir más; la lástima de nada le sirve." Da el paciente su consentimiento y se ponen al fuego grandes ollas con *niz-tamal* y frijoles para disponer la fiesta que ha de seguir al fallecimiento. Entonces los parientes, ayudados de los compadres y comadres, tienden al enfermo sobre un petate;

unos le cogen la cabeza, otros los pies y algunos más se colocan á los costados, entregándose á frotar y oprimir con manos y rodillas, á fin de que el aire que le suponen dentro del cuerpo, suba á comerle el corazón. Durante toda la manipulación, le están diciendo: "¡Qué lástima, compadre, que tengas que morirte de esta enfermedad! ¡Santo credo! ¡Qué malo es!" mientras el agonizante reza á todos los santos de que se acuerda, hasta que expira poco después. Los indios proceden luego á la fiesta, se dan una buena comida, y al otro día lo llevan al cementerio con música. Á todos los entierran allí con música.

Mi amigo mexicano de Tuxpan tenía algunos conocimientos de medicina y siempre estaba dispuesto á hacer lo que podía por los enfermos. Gozaba de considerable influencia con los indios y me contó varias cosas que sabía respecto de esta extraña costumbre. Cierta indio, como de cincuenta años de edad, cayó seriamente enfermo con fiebre y erisipela en una pierna. Le dió don Trinidad un remedio y le bajó la fiebre, se le aumentó el apetito é iba mejorando de la pierna, cuando una mujer fue á pedirle permiso, en nombre de la familia, para aplicar otro tratamiento. Don Trinidad le dijo, por supuesto, que hicieran como gustaran, y al día siguiente que fue á la casa, la encontró llena de gente y al paciente acostado sobre un petate tratando de respirar. "¿Qué te sucede?" le preguntó muy sorprendido. "Me sobaron," fue lo único que pudo decir el desgraciado, que en seguida expiró.

Otra vez, curaba don Trinidad á una mujer, también como de cincuenta años, cuyo marido iba diariamente por la medicina. Aunque mejoraba la enferma, su convalecencia había durado como cuatro meses, y un día dijo el indio á su bienhechor que iban á sobarla. Ya él, sus comadres y la mujer misma habían consentido; pero don Trinidad se lo prohibió amenazándolo con hacerlos aprehender si llevaban á cabo su proyecto. El indio replicó:

“Vengo á pedirle su permiso; pero si no me lo da, no haremos nada.” La mujer se recobró poco á poco, y se encuentra ahora fuerte y sana.



Objeto ceremonial de piedra. De Tuxpan, Jalisco. Longitud, 17.6 cm.

Según el mismo señor, la *acobada* (*covvade*) existe entre los aztecas que habitan al noroeste de la ciudad de Colima; cuando nace un niño, el marido guarda cama en lugar de su mujer.

Me hablaron en Tuxpan de dos interesantes hermanos aztecas, á quienes después conocí. Vivían solos y se sabía de ellos que leían libros y conservaban un cráneo en su casa, de todo lo cual se sacó la inferencia de que eran protestantes, francmasones, ó algo malo por el estilo. Cuando fui á verlos, sólo encontré á uno, el cual era de baja estatura, como de cuarenta años de edad, de mejillas sonrojadas de tísico y ojos de bondadosa expresión. Mostraba ser inteligente; me enseñó con solicitud sus libros, que eran todos acerca de santos y estaban adornados con ilustraciones medievales. “¿Á qué se debe que sea V. protestante?” le pregunté. “No lo soy, repuso; pero me gusta leer.”

“El señor quiere ver la calavera,” insinuó el mexicano que me acompañaba. El indio entró al punto al cuarto próximo y volvió con una caja pequeña de donde sacó un cráneo. “Lo lavo todos los días,” me dijo; “está muy limpio,” y lo alisó cariñosamente con la mano al dármele. “¿Porqué tiene Ud. esto?” le pregunté. “Señor,” me respondió, “me siento mucho mejor en compañía de los

mueertos. Cuando estoy desalentado, tomo este cráneo, que es el de mi padre; siento como si estuviera otra vez en su compañía, y se me quita la tristeza.” “¿Cómo! ¿no es Ud. casado?” le pregunté. “No, señor,” contestó, “todavía no, porque siempre estoy enfermo; tal vez algún día podré sentirme bien.” “Quizás yo podría curarlo,” agregué: “¿cual es su mal?”

El pobre histérico abrió sus ojillos negros con alegre sorpresa y me explicó que padecía de hemorroides. Díjele que yo tenía un remedio que podría aliviarlo y curarlo, el que le enviaría aquella noche. Habiéndole dado ese consuelo, le manifesté mi deseo de adquirir el cráneo, si consentía en vendérmelo. Como me pareciera vacilante, añadí que lo cuidaría mucho y lo pondría en una gran casa, dentro de una caja con cristales; que cualquiera cosa que les suceda á los huesos, el alma nada sufre, porque vive siempre, y lo mismo era para su padre que su cráneo estuviese al otro lado del mar ó allí. Logré vencer tan completamente sus escrúpulos religiosos que ofreció venderme la calavera por tres pesos y el remedio, diciéndome que pedía tanto dinero porque para conseguir otra cabeza, necesitaba pagar algo en el campo santo á fin de que le desenterrasen la de su madre ó algún pariente.

La misma noche le envié una botella con extracto de hamamelis, y al día siguiente que volví á decirle el modo de tomarlo, me entregó el cráneo. Pocos días después supe que estaba en vías de alivio.

Como cosa curiosa, incluyo aquí una receta para curar la hidrofobia, que debo también á don Trinidad, quien la heredó de su padre, el cual á su vez la había recibido de un tío suyo bajo la condición de que nadie habría de cobrar nada por curar con dicho remedio.

Medio cuartillo de infusión de Ruda. (Ruta v. Galego officinalis.)

Medio cuartillo de aceite de oliva.

Media cuartillo de cuajo de venado.

Medio cuartillo de vinagre de uva.

Medio cuartillo de jugo de limón.

Se mezcla todo y se divide en tres tomas. Se bebe una tres mañanas seguidas, antes de desayunarse. El remedio debe tomarse desde que la persona, ha sido mordida, para evitar que pase la enfermedad á otras. Á los que muerde un perro, después que han tomado la bebida, no les hace ningún daño.

Procedía de Almoloyan, Estado de Colima.

Hice una excursión al cercano Cerro de la India, en cuyo costado, como cuatrocientos pies sobre el llano, encontré numerosas conchas marinas en estado fósil, en capas de dos ó tres secciones superpuestas, según podía presumirse por las indicaciones de la superficie. Como mi barómetro ya no me merecía confianza, no pude reconocer la altura exacta del sitio, pero me pareció que no podía hallarse más bajo que Zapotlán, que se alcanzaba á ver desde allí y se encuentra á 4,906 pies sobre el nivel del mar. Recogí tres variedades de conchas.

Respecto á antigüedades, me hablaron de un antiguo cementerio donde se habían encontrado esqueletos sentados. Había también montículos al suroeste, sobre la otra orilla del río; pero como por entonces el río había cubierto sus márgenes, no me fue posible visitarlos. Supe que habían encontrado hacía algún tiempo una olla llena de polvo amarillo en uno de los montículos. Los que la hallaron, ignorantes de su valor, echaron el contenido al río; pero un hombre recogió por curiosidad un poco de dicho polvo, lo fundió y vio que era oro.

CAPÍTULO XX

UN MONTÍCULO DE METATES—LA CIUDAD DE JILOTLÁN—AVISPAS PELIGROSAS—MIEL VENENOSA—LOS PINTOS—SUPERSTICIONES—SOPA DE OREJAS DE BURRO—HECHICERÍA CURATIVA—LA VELA SOBRE LA CAJA DE DINAMITA—TEPALCATEPEC—DOS NOTABLES ÁRBOLES DE TIERRA CALIENTE—SU VENENO Y SU ANTÍDOTO.

MI próximo proyecto era llegar á la tierra de los tarascos, á donde traté de dirigirme por la notoriamente insalubre ciudad de Tamazula. La fuerza de las lluvias, sin embargo, me obligó á devolverme y tomar por Jilotlán de los Dolores, siguiendo un camino que atraviesa una sierra baja y difícil para cruzarla en mula, pero no tanto como se cuenta. Á dos días de camino al oeste de Piguamo, ciudad donde la fiebre ha sentado sus reales, más próxima al mar que mi ruta, dicen que hay un montículo formado en su totalidad con metates. Mi informante suponía que serían como dos mil. Llamam á la eminencia loma de los Metates, y el terreno en que se encuentra pertenece á la hacienda de Hihuitlán.



China mexicana, vista por detrás.